

La tarea ante nosotros

Vincent Colapietro
(Pennsylvania State University)

VI Jornadas "Peirce en Argentina", Buenos Aires, 21 de agosto 2015

La tarea que tenemos por delante como estudiosos de Peirce es, al menos, triple. ¿Es realmente triple o es mi disposición a pensar así simplemente un caso de mi propia triadomanía, contagiada, casi con toda certeza, por estar excesivamente expuesto a un pensador que sufría de esa manía? Dejaré que otros respondan a esa cuestión, y volveré a la tarea que tenemos por delante, tal y como yo la veo.

En primer lugar, tenemos que enfrentarnos a la gran empresa de lo que podría llamarse trabajo de archivo e interpretativo. Aunque los incansables esfuerzos de numerosas personas, especialmente de aquellas relacionadas con el Peirce Edition Project (PEP), han logrado ordenar los manuscritos de Peirce mucho mejor de lo que estaban cuando llegaron a Harvard en 1915 y fueron rápidamente olvidados, todavía queda mucho por hacer simplemente reuniendo, fechando y organizando de otras maneras su voluminosa producción. Sin embargo, esta es solo la mitad de la tarea necesaria para hacer asequible su pensamiento a la comunidad de estudiosos. La otra mitad es la de interpretar su pensamiento de la manera esforzada, paciente y matizada en la que un pensador de la extensión y profundidad de Peirce merece ser explicado. Estas tareas constituyen, las dos juntas, lo que yo llamo trabajo de archivo e interpretativo. Están unidas en la práctica, ya que uno no puede interpretar los escritos de Peirce sin hacerse una idea del estado y el carácter de los escritos en los que uno se está centrando (por ejemplo, ¿es este un borrador temprano que fue revisado después en un artículo publicado, o forma parte de una serie de borradores que no llegaron a ser publicados?) y, a su vez, uno no puede organizar los manuscritos sin hacerse una idea de lo que aparece en las diversas páginas. En un sentido, esa tarea es un ejemplo de primeridad, ya que se aproxima a la obra tal y como es en sí misma, independientemente de cualquier otra cosa (aunque las otras dos categorías, como en todos los demás casos, saltan rápidamente a la palestra). Aquí, el objetivo general es hacer que los escritos de Peirce sean asequibles para los estudiosos, primero en el sentido material de hacerles llegar los textos mismos y, segundo, en el sentido hermenéutico de hacerlos intelectualmente asequibles para esas personas.

En segundo lugar, esta la *tarea crítico-creativa*. Así como las tareas de archivo e interpretativa no pueden separarse del todo, los aspectos crítico y creativo de esta segunda labor tampoco pueden disociarse completamente. La tarea crítica siempre es hasta cierto punto un ejercicio de imaginación, y por lo tanto un caso de creatividad, así como la creatividad es dirigida por al menos una sensación de las

deficiencias, errores y limitaciones de alguna herencia real (digamos, por ejemplo, los voluminosos escritos de Peirce). Yendo más allá del impulso de archivo e interpretativo, los mejores esfuerzos crítico-creativos introducen a Peirce dentro del debate contemporáneo y tratan de demostrar, en profundidad y en detalle, su relevancia para ese debate. En buena medida, si no del todo, permiten que esos debates, tal y como se han desarrollado, definan los términos del discurso y que después movilicen los recursos del pensamiento de Peirce para tratar con los problemas contemporáneos tal y como son formulados por las figuras más influyentes dentro de esos debates filosóficos. La cuestión no es simplemente, por ejemplo, si Peirce fue en epistemología un internalista o un externalista, o un responsabilista o un fiabilista, sino cómo podría ayudarnos Peirce a tratar más adecuadamente con esas cuestiones *tal y como están ahora*. El impulso que anima a parte de los estudiosos peirceanos no es solo que Peirce pueda ilustrar una posición contemporánea u otra, sino que tiene algo importante que aportar a esos debates contemporáneos. Esto, en efecto, toma a Peirce en su otredad, como un filósofo que en algunos aspectos cruciales es diferente a cualquiera de las posiciones que se defienden ahora. Por lo tanto, podríamos verlo como un caso de segunda mano. Se juzga a Peirce como diferente a los debates, pero relevante para ellos, en un buen número de ramas de la filosofía de hoy en día, y es imperativo meterlo dentro de esos debates, por él mismo y, aun más, por el bien de la comprensión contemporánea.

En tercer lugar y finalmente hay una *tarea filosófica* comprometida en el verdadero —y sin reservas— espíritu peirceano. Esto implica sobre todo no volverse hacia Peirce principalmente como un recurso para responder a *nuestras* preguntas, sino como alguien que estaba especialmente dotado para hacer preguntas de un carácter extremadamente simple pero verdaderamente profundo (por ejemplo, ¿qué es el significado?, ¿es el hilozoísmo un vocablo sin significado o una posición inteligible?). En tanto que tomamos como dadas las formas de nuestros debates y los términos en los que se desarrollan de forma más efectiva, nos perdemos la mayor parte del genio y el poder de Peirce. Más que hacer que encaje en nuestro contexto, deberíamos permitirle que nos *recontextualizara* a nosotros y a nuestros proyectos, que revisara los términos de nuestros debates y que sugiriese posibles posiciones que no se encuentran entre las más usuales. Si algunas de sus cuestiones no resultan populares hoy en día, o ni siquiera inteligibles, el fallo podría, al menos en algunos casos, estar en nosotros y no en él. Él trabajó con valentía, en su mayor parte aislado de los demás, y produjo un extenso esquema categórico de una gran magnitud, que posee también valiosos recursos para los análisis más intrincados. Esto supone aproximarse a su pensamiento en su terceridad, en tanto que reconfigura dinámicamente la relación entre nuestras diversas herencias filosóficas (incluyendo los más innovadores de nuestros debates contemporáneos) y nuestros esfuerzos en desarrollo para lograr una comprensión mejor y más completa de nosotros y de nuestro mundo (incluyendo la relación entre el yo y el mundo). Concede al pensamiento todo su poder, y también las cuestiones que lo definen. ¿Somos estudiosos dignos de su pensamiento si no trabajamos de la forma creativa y sin reservas en que él lo hizo y, más aun, si estamos demasiado

preocupados por vestir su pensamiento, con vistas a la respetabilidad, según la moda de nuestro tiempo?

Estas son tres tareas diferentes e irreducibles, pero en la práctica están con frecuencia unidas y, en efecto, tienden a estar conectadas de formas complejas y sutiles. Como comunidad de investigadores e intérpretes nunca somos, en la actualidad histórica, más que un heterogéneo grupo de sociables antagonistas (¡y eso es lo que somos *en el mejor de los casos!*). De modo que no denigremos a aquellos cuyos talentos e intereses les inclinan a dedicarse a tareas diferentes a aquella que suponen nuestro trabajo más importante. Aunque no sería sincero por mi parte decir que yo no favorezco la primera de estas tareas, estoy agradecido a aquellos a los que les llaman otras. Y la mayor parte de los estudiosos maduros de Peirce se han dedicado, de hecho, a las tres tareas, aunque sea de manera desigual. Como es típicamente verdadero de Peirce y, más generalmente del pragmatismo, estas tareas aparentemente dispares están ineludiblemente unidas. Si nuestro trabajo está de hecho tan conectado, ¿no debería nuestra visión de ese trabajo ser también, por encima de todo, el espíritu con el que se emprende?

Traducción de Sara Barrena (2015)